

NOTA 2, § II, PAGINA 5

No basta estar convencido de la utilidad de la Historia, es menester saber el método de leerla con el mayor aprovechamiento posible, y sobre todo, es preciso saberse contener en una ciencia tan vasta, que consumiría la vida de un Ministro si quisiera saberla toda; así es que debe contentarse con hacer un estudio de ella que le facilite un conocimiento superficial de la Historia de las otras cuatro partes del Mundo, para poderse adquirir un conocimiento más perfecto de las de Europa y de sus Estados más importantes. Debe formarse, si le es posible, un sistema completo de los intereses recíprocos de todos los Estados de Europa; pero la Historia que más le conviene saber, de todas, con más fundamento, es la de los Estados que posea su Soberano; la de sus sucesos; la de sus revoluciones; la de sus intereses, y la de sus conexiones y relaciones con los Estados vecinos, etc. Si sus muchas ocupaciones no le permitiesen otros estudios más vastos, podría contentarse con subir hasta los tiempos de Francisco I y Carlos V, cuyos reinados forman una época muy considerable en la Historia de la Europa, y una época que nos conduce al conocimiento de los dos siglos más fécondos en sucesos instructivos y que, por lo mismo, son los únicos que nos interesan.

CAPITULO XII

AL HOMBRE DE ESTADO LE IMPORTA CONOCER LAS INCLINACIONES DE LOS PRÍNCIPES EXTRANJEROS Y LAS DE SUS MINISTROS

§ I

Anuncio preliminar

Debiendo hablar en este capítulo sobre las inclinaciones de los Príncipes extranjeros y sobre las de los Ministros de Estado, nos será lícito empezar con algunas reflexiones que nos faciliten los medios de demostrar la naturaleza y las causas de las inclinaciones humanas en cada individuo de por sí, en consecuencia del principio que hemos establecido en el capítulo X, á saber, que un Ministro político que debe poseer un conocimiento fundado de aquellas partes de la filosofía que suministran las verdaderas nociones de la humanidad, porque semejantes reflexiones nos darán motivo para examinar cómo y por dónde pueden ser conocidas estas

inclinaciones, y una vez conocidas de la manera que residen en cada hombre, no será difícil probar la importancia que tiene el Ministro político de saber cuáles sean efectivamente las de los Príncipes extranjeros y las de los Ministros de Estado.

CAPÍTULO VII

AL HOMBRE DE ESTADO LE IMPORTA CONOCER LAS INCLINACIONES DE LOS PRÍNCIPES EXTRANJEROS Y LAS DE LOS MINISTROS DE ESTOS.

§ I

Debiendo hablar en este capítulo sobre las inclinaciones de los Príncipes extranjeros y sobre las de los Ministros de Estado, nos será hecho oportuno con algunas reflexiones que nos faciliten los medios de determinar la naturaleza y las causas de las inclinaciones humanas en cada individuo de por sí, en consecuencia del principio que hemos establecido en el capítulo X. No será que un Ministro político que debe poseer un conocimiento bastante de aquellas partes de la filosofía que suministran las verdaderas nociones de la humanidad, porque semejantes reflexiones nos darán motivo para examinar cómo y por dónde pueden ser conocidas estas

SECCION I

De la naturaleza y de las causas de las inclinaciones humanas

§ II

De la naturaleza y de las inclinaciones

Para empezar á tratar de las inclinaciones, es menester definir primeramente la naturaleza de ellas. La palabra *inclinación*, tomada simplemente, significa lo mismo que *dirección*, *propensión* y *movimiento progresivo* hacia cualquier objeto; pero si se quiere aplicar á alguna persona, no es más que metafísica y comparativa tal significación, porque entendiendo por la palabra *persona* un compuesto de alma y cuerpo, sería preciso decir que mientras existiese el alma en el cuerpo no podría tener dirección, ni movimiento progresivo, fuera de él, y así tomada esta palabra *inclinación* por la propensión que tiene alguna persona hacia algún objeto, no quiere significar otra cosa que el apetito que induce é impele al alma á apetecer un objeto más bien que otro,

y nada más; porque esta propensión del alma parece que imita la acción del movimiento de un cuerpo que se mueve y se va acercando á otro más y más progresivamente: por cuya razón damos el nombre de inclinación á esta disposición del alma, por vía de metáfora.

§ III

De las causas

Esto es lo que debemos entender por la palabra *inclinación* tomada en este sentido, y una vez definida y explicada su naturaleza, pasaremos á hablar de sus causas y á examinar también si proceden las inclinaciones del cuerpo ó del espíritu.

§ IV

El de los brutos es cuerpo sin alma

Si consideramos el cuerpo en sí mismo y examinamos bien todas sus partes y propiedades, hallaremos que tiene sus inclinaciones y que las ejerce, y si contemplamos la esencia del alma espiritual, echaremos de ver que abunda también en ellas; y cuando queramos contraer á los brutos el primer objeto de éstos, lo llamaremos cuerpo sin alma espiritual, porque los brutos no tienen facultad de pensar y, por consiguiente, carecen igualmente de la de desear con el pensamiento; ni obran jamás por elección, sino únicamente por la ciega impresión que causan en ellos los movimientos corpóreos, como lo acredita la atención, la cual nos persuade igualmente de

que no hay alma en los brutos, porque careciendo del libre albedrío, no puede admitirse en ellos un principio intelectual que ilumine y dirija sus operaciones.

§ V

No tienen voluntad ni entendimiento

Todos saben que el alma ó el principio que piensa en nosotros, es el entendimiento y la voluntad, y nadie ignora que siendo la voluntad libre por su naturaleza, no obra sino por elección y no por necesidad, y así es que todo lo que arguye alguna necesidad, se hace involuntariamente y sin elección. Que ya no siendo arbitrarias las operaciones de los brutos, por cuanto no pueden resistirse ellos nunca al más fuerte de sus movimientos corpóreos, se infiere legítimamente que carecen de voluntad y, por consiguiente, carecen también de aquel principio que constituye la esencia del alma. Luego no hay alma espiritual en los brutos, porque el entendimiento jamás obra de otro modo que por afirmación ó negación, ó también por pura conveniencia, que son los efectos de la voluntad. Además de esto, si las operaciones del entendimiento no tuviesen un fin determinado, no podría tener el menor ejercicio, y, por consiguiente, careciendo los brutos de voluntad, no pueden menos de estar privados también de entendimiento, porque la Naturaleza nunca es vana en sus operaciones.

§ VI

Las inclinaciones no pueden referirse sino al cuerpo

Y, por tanto, observamos en las bestias estos mismos movimientos que acabamos de llamar *inclinaciones*, y las vemos también más inclinadas hacia una pasión que á otra. Y efectivamente, hay algunas que tienen una especie de inclinación manifiesta á la traición, como los monos; otras á la timidez, como las liebres; los animales feroces se entregan á la cólera con más facilidad; la lujuria, la falsa prudencia y una industria aparente, forman el carácter de otros irracionales, y últimamente, casi todas las inclinaciones del hombre se hallan en los brutos; por lo cual es menester confesar que todas estas especies de inclinaciones tienen su principio en las disposiciones corporales; de donde se sigue que se engendran con diferentes calidades, las cuales corresponden exactamente á la diferente organización de los cuerpos. Luego siendo todas estas disposiciones corporales unos meros efectos de una de las dos causas que dan el movimiento á los cuerpos, es á saber, de la potencia concupiscible ó de la irascible, se concluye rectamente que estas mismas inclinaciones no pueden ser atribuidas sino á una de estas dos causas, de la misma manera que sus modos y efectos.

§ VII

Las inclinaciones del alma proceden de ésta y del cuerpo unidos

Por lo que mira á las inclinaciones que proceden del espíritu separado de la materia, como éste no nos entra

por los sentidos, no le podemos atribuir más inclinación que la que constituye su naturaleza intrínseca, que es la de dirigirse y encaminarse hacia el bien esencial. Y por esta misma razón nos vemos precisados á considerar inmaterial el espíritu, aun en el estado de su unión con el cuerpo. Por aquí descubriremos el origen de las inclinaciones del hombre.

Es opinión común que la mayor parte de las inclinaciones tienen su principio en las disposiciones corpóreas; pero para elevar estos mismos principios hasta el grado de inclinaciones formales, es necesario el concurso implícito, cuando menos del alma ó de la facultad de pensar, que es lo mismo. Y, por consiguiente, la perfección de semejantes inclinaciones procede del alma y del cuerpo juntamente.

§ VIII

Inclinaciones en las cuales parece que tiene más influjo el alma que el cuerpo

No obstante, sucede muchas veces que ciertos cuerpos, más ó menos bien dispuestos, se resisten, también más ó menos, á las impresiones que causa el alma en el concurso de las operaciones, y, al contrario, jamás se oponen á la inclinación que les impele, por su naturaleza, á buscar el conocimiento de lo bueno y de lo verdadero, del mejor modo posible, mientras guarda y conserva la unión con el cuerpo; ó cuando se resistan, será muy leve la oposición que hagan; en cuyo caso se aplica el hombre al estudio de las ciencias y al ejercicio de las artes, tanto liberales como mecánicas. Y de esta clase de inclinacio-

nes se puede decir muy bien que es principio el alma, aunque no podría producirlas por sí sola si no se lo permitiesen las disposiciones del cuerpo. Y como tiene que concurrir siempre el cuerpo por precisión, para poder conseguir y obtener este efecto, ya sea por medio de la lectura, ya por el de la escritura, ya por el de la imaginación, ó bien por el del discurso, se echa de ver claramente, que todas estas inclinaciones, que son de distinta naturaleza que las que hemos insinuado antes, tienen su principio en el alma y reciben la perfección del cuerpo. Y á todas las que merecen el nombre de virtuosas, es menester agregar las que se llaman viciosas por exceder los límites de la virtud, cuales son: el orgullo, los celos pecaminosos, la envidia, la sospecha temeraria, y otras infinitas.

§ IX

En el hombre no hay más que dos especies de inclinaciones

Y así, es evidente que no hay más que dos especies de inclinaciones en el hombre, que son las que dimanar del cuerpo y completa el alma, por decirlo así, y las que produce el alma y perfecciona el cuerpo. Porque el ser del hombre, según hemos dicho, consiste en la unión de alma y cuerpo; luego será oficio propio de esta unión, mezclar juntamente las operaciones esenciales de las partes unidas, en cuanto lo permita su naturaleza particular. Y según este mismo principio que establece la unión, el alma no ejecuta nada sin que concurra el cuerpo juntamente; ni éste puede ejercer movimiento ni operación alguna, sin el concurso del alma, principalmente

en punto de inclinaciones, porque éstas son producidas por una de las principales operaciones del cuerpo ó del alma; pero con la diferencia de que estando dotada el alma de una voluntad libre, puede influir realmente en algunos movimientos del cuerpo, los cuales son ordenados ó reprimidos por ella; pero el cuerpo, como carece de voluntad, no puede tener un dominio igual sobre el alma, ni puede hacer otra cosa que inducir la á que auxilie y facilite los movimientos del cuerpo. Todo lo cual prueba evidentemente, que no puede haber inclinación alguna en el hombre como no concurran á formarla juntamente el alma y el cuerpo.

§ X

Qué especie de inclinaciones nacen más fácilmente en el hombre

Habiendo demostrado el origen de las inclinaciones, resta examinar si se producen más fácilmente las que proceden de las afecciones corporales que las que dimanar del espíritu.

Primeramente, es menester saber que para que se formen las primeras es preciso que no abunde mucho el cuerpo en los humores que inflaman demasiado las partes concupiscible é irascible, ó que reprima el alma los movimientos fogosos por medio de la voluntad.

Lo primero es muy difícil de poseer y apenas se ve en hombre alguno, porque son muy pocos los temperamentos moderados, y, por lo mismo, son mucho más en número los hombres que tienen las inclinaciones que nacen del cuerpo, que las que dimanar del espíritu.

§ XI

Facilidad con que cede la voluntad á los apetitos corpóreos

En cuanto á lo segundo, observamos que siempre que echa mano el hombre de su voluntad para oponerla á alguna de sus inclinaciones corporales, este acto de la voluntad debe ser proporcionado en vigor á la pureza de la misma inclinación; y por otra parte, sabemos que el alma no atiende en todas sus operaciones más que á su propia satisfacción, que es la de su amor propio. Así es que el estoico combaté sus apetitos corpóreos por el gusto de vencerlos, y el epicúreo, que funda su felicidad en la satisfacción de los sentidos, sigue constantemente sus apetitos corpóreos, vive entregado á ellos libremente y procura conservarlos con toda su fuerza. En una palabra, el hombre funda su felicidad en tal ó tal conducta, según el genio que le domina, y por medio de la voluntad determina la elección de la acción que le parece más propia para satisfacer su inclinación, sea la que fuese. Y de aquí nace que cuando es vehemente el apetito corpóreo, se va el alma tras de él regularmente, porque como se ve precisada á hacer esfuerzos muy grandes si quiere empeñarse en combatirlos, estima más dejar reposar los actos de su voluntad ó hacer de ellos un uso muy suave obedeciéndolos. Por cuyo motivo se forman siempre las inclinaciones á proporción de los movimientos corpóreos; y de la misma dulzura y complacencia lisonjera que se experimenta cuando se conforman con ellos, nace el carácter que distingue á la mayor parte de los hombres.

§ XII

Causas de esta facilidad

Además, que esta misma actividad tan fuerte y eficaz del apetito corpóreo, que no sólo induce al alma á combatirlo y pelear contra él, sino que se lo hace seguir en todo y por todo, tiene por principio al alma y al cuerpo juntamente; respecto á que desde el momento en que adhiere á él, ya sea sin pensarlo ni advertirlo, ó bien por alguna especie de ilusión que le presente el atractivo corporal, en la suposición del verdadero bien que hallaba en ello, desde aquel mismo instante empiezan á atravesar ciertos espíritus animados, muy activos y veloces, hasta las más delicadas partes del cuerpo humano; los cuales, excitando y conmoviendo las fibras con sus impetuosos choques, les aumentan la elasticidad considerablemente, que es lo que pone en movimiento el principio del apetito corpóreo y lo hace tan activo y eficaz; y por este medio se van multiplicando más y más estos espíritus; los cuales, doblando su fuerza y ejercitándola por el mismo camino que se abrieron, y ensanchándola también al mismo tiempo por el gran número de los que circulan por él, vienen á excitar apetitos tan violentos por todo el cuerpo, que lo que no era antes más que una leve sombra de inclinación, viene á convertirse en una inclinación formal y verdadera que apenas puede ser dominada por la voluntad; de suerte que abandonándose ésta á la inacción (no porque no pueda ni sea capaz de resistir, sino porque antepone el bien sensible que disfruta cediendo el bien moral que le había de resultar

de una resistencia tan penosa) sucede que se desplagan las pasiones, tanto en los hombres como en los brutos, á impulso de los apetitos corpóreos, y siguen sus varias disposiciones; pero con la diferencia de que en los hombres puede elevar muy bien la voluntad los espíritus animales á un grado más alto de fuerza para refinar más el placer, y en los brutos, como carecen de voluntad, no puede verificarse esto, ni hacen más que seguir á ciegas los apetitos. Conque podemos concluir muy bien y decir con verdad, que en los hombres prevalecen las inclinaciones que provienen del cuerpo.

§ XIII

Tránsito á la sección siguiente

Hemos tenido por conveniente y casi necesario, detenernos en esta materia y dar razón de los principios de donde dimanen las inclinaciones y del modo como dominan la voluntad regularmente, para poder aprender por este medio el modo de ordenarlas en nosotros mismos y hasta en los extraños, si fuese necesario, según fuesen las ocurrencias. Pero como nuestro principal designio no es otro que facilitar los medios que puedan darnos á conocer las inclinaciones de los Príncipes y las de sus Ministros, trataremos con amplitud este punto en la sección siguiente.

SECCION II

Cómo y de qué manera se puede venir en conocimiento de las inclinaciones de los Príncipes y de las de sus Ministros

AIX §

Las inclinaciones humanas se manifiestan por las acciones

Cemo las inclinaciones humanas llevan al hombre hacia el objeto á que se dirigen, y la persecución de este objeto no es otra cosa que una mera acción del hombre, es evidente que no puede declarar ni manifestar sus inclinaciones por otro modo que por el de sus acciones, y por lo mismo, reconocemos tres clases de acciones principales en el hombre.

§ XV

Tres especies de acciones

La primera clase comprende las acciones públicas; esto es, las que son conocidas de todos generalmente;